

CLUB DEL MISTERIO

FERGUSON FINDLEY



**UN PUÑADO
DE CRIMENES**

14

¿Cuántos crímenes no cometería usted por apoderarse de las planchas de la más perfecta falsificación de billetes de cinco libras que hubiera conocido el Imperio Británico? Un crimen, dos, tres, cuatro, cinco... Un puñado de crímenes. Todos arrojados sobre los débiles hombros del pobre Donald Ivy, el hombre que hasta había sido condecorado por el Rey de Inglaterra a causa de sus habilidades. Y a Don no le queda otro recurso que improvisarse en detective para lograr salvarse de la horca y poder seguir viviendo tranquilo en su casita de Nueva Inglaterra.

ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

DONALD IVY, un dibujante notable.

HENRI GRENNET, mejor dicho, su cadáver.

HARRY KILGORE, un policía algo precipitado.

EL DOCTOR DANN, médico de, la familia de Ivy.

SARGENTO JOHN SULLIVAN, un policía educado.

UNA CHICA ALOCADA.

WUSKY ANDREWS, un personaje turbio.

SAMUEL T. ROAMER, uno del F.B.I.

UNA SEGUNDA CHICA ALOCADA.

SHIRLEY, una señora de agallas.

TONY GARDELLI, un recio a sueldo.

DUTCH, otro que cobra por cobrar.

PERRY PATTERSON, un periodista indiscreto.

TERRY JARDINE, una telefonista que sabe muchas cosas.

I

Aquella mañana, a eso de las diez, cuando el sol hubo caldeado el patio anterior hasta un grado soportable por un hombre sedentario por hábito y por preferencia, salí de mi blanca casita, me senté en los escalones de la entrada y miré en derredor.

¡Cuánto había que hacer! Es decir, cuánto tenía que hacer yo.

La brava madreselva de Nueva Inglaterra, que se lanza a la batalla en la primavera temprana, iba triunfando lentamente sobre los lilos y los cornejos. Las hojas del pasado otoño, que mi madre ya habría rastrillado y quemado, estaban aún pegadas a los rincones donde el viento las había amontonado. Y los topos, terminando su letargo invernal, ya habían cavado túneles en mi modesto césped, llenándolo de protuberancias.

Trozos de pintura se enroscaban en los marcos de las ventanas, por el lado noroeste de la casa.

«¡Oh!, estar en Inglaterra –pensé– ahora que abril está allí».

Pero Inglaterra no me quería. Me lo habían dicho claramente, con toda cortesía.

–No crea que ha dejado de ser divertido, viejo Donald –me dijo el delegado inspector Brisk al verme sano y salvo al final, a bordo de un barco que zarpaba de Liverpool– porque, aunque en algunas ocasiones, hayamos pasado malos ratos, la verdad es que nos hemos divertido, aunque supongo que quien más ha disfrutado ha sido usted,

sobre todo con el desenlace. Así que, buena suerte dondequiera que vaya, viejo, pero no vuelva más por aquí.

El pasaje de ida me había llevado a Lisboa, que reserva pocas oportunidades para un hombre de mis dotes, considerables si bien especializadas. Claro que pude hacer algunas escrituras para un caballero armenio de avanzada edad, quien me contrató para localizar y adquirir algunos ejemplares para su extensa colección de arte. Pero lo que le interesaba principalmente eran los pozos de petróleo del Medio Oriente, sobre lo cual yo no sabía nada, ni me importaba, de modo que nos separamos amistosamente y me dirigí a Tánger para ver si encontraba algo.

Tánger me ofreció todas las oportunidades del mundo y me desenvolví muy bien allí. Podían hacerse fortunas legítimas en el mercado de cambios en aquellos días inmediatos a la guerra en que los valores de las divisas subían y bajaban con cada rumor de ayuda procedente de los Estados Unidos. Podían hacerse otras fortunas en el negocio de importación y exportación, como nosotros lo llamábamos, especialmente si no se enredaba uno con inspecciones y derechos de aduana.

Así nuestra balanza bancaria subía de día en día y comprábamos obligaciones de los Estados Unidos, con cantos dorados, de Canadá, de compañías petroleras de Texas, de líneas de navegación de Liberia, almacenes en Hong-Kong y casas de departamentos en San Pablo. Vivíamos en costosos y blancos chalets con jefes de cocina franceses, mayordomos ingleses, guardaespaldas que habían servido en la Legión Extranjera, y las más hermosas mujeres del mundo, además de los bellos momentos que pasábamos contando nuestro dinero. Aún estaría en Tánger si no fuera por dos cosas.

En primer lugar..., mi madre, a la que hacía años que no veía, murió dejándome como herencia la casa familiar, las tierras y las dependencias.

Por la misma época, uno de mis competidores comerciales de Tánger, von Hauser, me invitó a partir. Como la invitación me fuera formulada a través de cinco asesinos marroquíes y acompañada de un hombro dislocado y otras diversas contusiones y desgarraduras, opté por irme. Ya era hora de volver al hogar. Había depositado casi todo mi dinero en bancos suizos y norteamericanos y von Hauser me dejó el dinero en efectivo y la lancha a motor, que vendí a un rico comerciante griego de la Riviera española antes de tomar el avión que salía de Barcelona para occidente.

Al pagarme, en bolívares venezolanos con respaldo oro, murmuró algo de aventurarse en negocios fuera de Tánger. Le dije que me parecía una gran idea si a uno no le importaba que le cortasen la cabeza.

La vieja heredad estaba cubierta de nieve cuando llegué en el autito de dos plazas que había comprado apenas llegué a Nueva York. El viento norte casi me congeló. Había olvidado el frío que podía llegar a hacer en Nueva Inglaterra en invierno, e incluso después de haberme instalado, las cosas no cambiaron mucho en una o dos semanas. Tardé en poder encender la estufa, abrir las canillas del agua, establecer de nuevo la corriente eléctrica y en descongelarnos la casa y yo. Pero una vez que todo se hubo caldeado, disfruté del resto del invierno y hasta me aventuré a salir a explorar el viejo granero y a pisotear la nieve, atravesando la laguna helada hasta los bosques del otro lado. Y, por supuesto, de vez en cuando el cartero me traía algunos dividendos.

Ahora, definitivamente, la primavera flotaba en el aire, el sol salía más temprano y se ponía más tarde y si había de ser un respetable hacendado de provincia, tendría que hacer por allí algún trabajo..., al menos hasta que encontrase una persona que lo hiciera.

Había en el granero un rastrillo viejo, en una de las caballerizas tras el cobertizo que utilizaba como garaje. El

sol estaba aún en el suroeste y como entre los arbustos de aquel lado había gran cantidad de hojas, me pareció un buen sitio para empezar a rastrillar.

Por ese lado de la casa están el comedor y la cocina, con el comedor delante, naturalmente. Ya había rastrillado hasta más allá del comedor, acumulando gran cantidad de hojas y estaba llegando a la ventana de la cocina, cuando vi el cuerpo entre los tejos enanos y la pared de la casa.

—¡Diablos! —exclamé—. Quién sabe cuánto tiempo hace que está esto aquí.

Tanteé con el mango del rastrillo y comprobé que estaba rígido, de modo que apoyé cuidadosamente el rastrillo contra la pared y me fui directamente, entrando por la puerta de la cocina, hasta el teléfono que había en el *living*, y llamé a la policía de Tombury. Ivy no es ningún tonto.

—Habla Donald Ivy, de la vieja propiedad de Ivy en el camino de Eddystone. Encontré el cuerpo de una persona, muerta al parecer, entre unos arbustos, bajo la ventana de la cocina...; no sé si es un hombre o una mujer, pero lleva pantalones...; creo que está muerta porque está rígida... Sí, por favor... Exacto, la vieja propiedad de los Ivy en Eddystone Road... Eso es, la propiedad de Grace Ivy... Sí, yo estaré aquí... No, no lo tocaré.

Colgué el auricular, llené la pipa de tabaco, la encendí y salí de nuevo.

El cuerpo seguía allí, y a pesar de haber prometido a la persona que hablaba del departamento de policía de Tombury que no lo tocaría, no encontré inconveniente en apartar las ramas de los arbustos para mirar mejor, especialmente por el lado de la cabeza. Tal vez fuera una persona conocida.

El cuerpo yacía boca abajo; la parte posterior del cráneo estaba hundida y asomaba el cerebro rojo y gris. Solté otra vez las ramas. Aun suponiendo que fuera una per-

sona conocida comprendí que era demasiado tarde para tratar de hacer algo por ella.

Se me había apagado la pipa, y en el momento en que me apartaba de la pared para encenderla de nuevo, apareció un sedan negro tomando velozmente la curva más alejada de la casa. Luego se oyó un ruido de frenos y el sedan se detuvo, retrocediendo a la sección del viejo camino que queda más próxima a la casa. He de explicar que el camino de Eddystone hacía antiguamente una pronunciada curva justo delante de la propiedad, pero hacía dos años, los ingenieros de caminos habían hecho la curva menos cerrada, de modo que ahora el nuevo camino se halla al otro lado de un grupo de árboles. La parte vieja, con su curva, corre aún cerca de la casa, pero yo soy el único que la utiliza regularmente.

El sedan negro tomó por el camino viejo y se detuvo en la calzada que conduce al granero. Bajaron dos hombres. Uno de ellos vestía uniforme y el otro llevaba un maletín negro. Les salí al encuentro.

—¿Es usted Don Ivy? —me preguntó el policía uniformado. Era un hombre alto, joven, en cuya mandíbula había más grasa que carácter, y trató de desconcertarme con sus brillantes ojos azules. No lo logró. Otros policías mejores que él lo habían intentado antes.

—Soy *Donald Ivy* —le dije—. ¿Es usted el policía local, esbirro de la ley?

El rebote hizo su efecto.

—Soy el agente Kilgore —anunció—. Harry Kilgore. Le presento al doctor Dann, a quien hice venir porque usted no sabe si un cuerpo rígido está muerto o no. ¿Dónde está?

—Buenos días, doctor —dije tendiendo la mano al anciano que me sonreía plácidamente—. No sé si me recuerda usted o no. ¡Hace tanto tiempo!

Tomó mi mano.

–Fui la primera persona en el mundo que te vió, Donald –me dijo sonriendo de nuevo– y luego te curé el sarampión, y la tos convulsa, y la clavícula que te rompiste jugando al basket por Tombury High, si la memoria me es fiel. ¿Cómo estás ahora?

–¿Dónde está el cadáver? –preguntó Kilgore.

–He soportado mi primer invierno en Nueva Inglaterra desde hace más de veinte años, doctor –dije, haciendo caso omiso de Kilgore que se frotaba las manos con impaciencia–. No voy a decir que me guste mucho, pero he sobrevivido, y al parecer no me siento peor que antes.

–Debías haber vuelto antes, Donald –me dijo amonestándome suavemente. Aún no habíamos dado un paso hacia la casa–. Tu madre te extrañaba muchísimo.

–¿Dónde está el cadáver? –volvió a preguntar Kilgore.

–Bajo la ventana de la cocina –repuse, encaminándome hacia la casa. Y dirigiéndome al doctor le dije–: ¡Ojalá lo hubiera sabido!

–Nadie sabía nunca dónde estabas, Donald. Pero ahora ya estás en tu casa y, según me dice este joven amigo, has sido agraciado con un cadáver, de tipo y condición desconocidas. ¿Dijiste que está bajo la ventana de la cocina? ¿De este lado de la casa?

Asentí; se encaminó allá y apartó las ramas de los tejos.

–Venga acá, Kilgore, y eche usted una mirada –dijo–. Creo que Donald tiene toda la razón –se inclinó y palpó el cuerpo–. El pobre diablo está bien muerto.

–¿Quién lo mató? –murmuró Kilgore volviéndose para mirarme–. ¿Qué sabe usted de esto, Ivy?

–No tanto como usted. Yo ni siquiera sé si es hombre, mujer o el maniquí de una vidriera. Lo encontré, llamé a la policía más cercana, y ahora lo dejo todo en sus capaces (si así puedo decir) manos.

–¿Qué le parece a usted, doctor? –preguntó apartándose.

–Me parece que este hombre ha sido asesinado –dijo el doctor Dann–. Le han golpeado el cráneo con algún objeto, y sólo con mirarlo pienso que no podría haber sido un accidente.

–¿Quién cree usted que pudo hacerlo? –sugirió el agente.

–Yo soy médico –le recordó el doctor Dann, muy cortés y paciente–, pero si estuviera en la obligación de averiguarlo, diría que fueron una o varias personas desconocidas.

–Caramba –murmuró Kilgore–. ¿Dónde está el teléfono, Ivy?

–En la casa.

–Sí, ya sé. *¿En qué lugar de la casa?* Vamos. Ya oyó decir al doctor que se trata de un crimen, movámonos.

Disimulando cuidadosamente mi innato sentido de la hospitalidad, propio de mi condición de nativo de Nueva Inglaterra, le acompañé hasta el teléfono y permanecí allí mientras llamaba a su comisaría y luego al cuartel local de la policía del estado. No le producía mucha alegría llamar a la policía del estado, pero comprendí que se lo habían ordenado.

–Por esa última llamada me debe usted probablemente diez centavos de sobretasa –le dije.

–Le enviaré un cheque a su banco –me contestó–; a su banco suizo.

Salió atravesando la cocina, mientras yo me preguntaba cómo y por qué podría saber un agente policial de pueblo que yo tenía cuenta en un banco suizo.

–La policía de estado no tardará en llegar, doctor –anunció Kilgore apenas estuvo afuera–. Dicen que no se toque nada y que traerán una ambulancia y todo lo necesario.

–Cuando lleguen, muéstreles esto –dijo el doctor. Apartó un tejo enano y señaló un trozo de leño que estaba a los pies del cadáver–. He ahí el arma del asesino. Un le-

ño en forma de cuña; lo más adecuado para hundir un cráneo. Hasta se pueden ver en él manchas de sangre y pelos.

—¿De dónde proviene? —quiso averiguar Kilgore, mirándome.

—Todavía queda una buena cantidad de leña almacenada en aquel rincón —le dije—. En el mismo lugar en que la puse el invierno pasado. Sin mirarlo siquiera me imagino que proviene de allí.

—Parece que sabe usted bastante sobre este crimen, Ivy —me dijo. Era evidente que él no sabía gran cosa. No le hice caso y me acerqué al doctor Dann, que guardaba el estetoscopio en su maletín negro.

—¿Alguna otra cosa? —le pregunté.

Se quedó de pie con el maletín negro en la mano.

—No he movido el cadáver, pero creo que se trata de un hombre. O de lo contrario es una mujer con una hermosa barba negra de unos días..., pero estoy segurísimo de que es un hombre. Nunca tomo la temperatura a los cadáveres, pero la rigidez es completa. A juzgar por eso, y por el color de la sangre de la nuca y del trozo de madera, yo diría que ese hombre ha sido asesinado la noche pasada. Y, sin mover el cadáver, es todo cuanto puedo averiguar hasta que llegue la policía de distrito. Ahora vamos adentro y veamos si hay un poco de café.

Pregunté a Kilgore si quería una taza de café, pero me contestó que tenía que esperar junto al cadáver hasta que llegaran las otras fuerzas, de modo que entramos el doctor y yo; serví dos tazas de café en la cocina y las llevé al *living*. Miró en derredor y luego a mí.

—No has hecho muchos cambios.

—No tengo muchas cosas para hacer cambios. Los muebles son los mismos. La alfombra es mía, igual que la mayoría de los cuadros. Las alfombras y los cuadros son casi los únicos bienes domésticos que me ha interesado adquirir.

El doctor Dann atravesó el cuarto y se quedó mirando uno de los cuadros de la pared.

–Dime, ¿este es un auténtico Monet... o...?

Me eché a reír.

–Es auténtico, doctor, como todos los demás. Mi única debilidad verdadera es coleccionar obras de franceses modernos.

Cambiando de tema le pregunté:

–¿Tiene usted idea de lo que piensa mi hermana sobre mi vuelta a casa?

–No he vuelto a verla desde el funeral de tu madre –repuso–. Me dijo que estaba segura de que, de ser posible, habrías estado allí. Cuando al terminar la guerra no volviste a casa se llevó una gran desilusión y creo que una cierta amargura por ser ella la única que podía cuidar a tu madre. Debías escribirle, Donald, e ir a verla. En unas horas de viaje estás allá.

–Lo haré –le prometí–. Quiero volver a ver a Marta y a su hija. Me han dicho que la chica es preciosa...

Se abrió la puerta y Kilgore asomó la cabeza.

–Salga un momento, Ivy –ordenó. Salí con él y me llevó al patio lateral–. Aquí ha entrado un hombre por el camino –dijo señalando las huellas en la tierra blanda–. Las huellas van hasta ahí y luego se pierden entre otras muchas. ¿Comprende lo que quiero decirle?

–Sí –repose–. Yo mismo he debido pisarlas borrándolas mientras estuve rastrillando esta mañana.

Se puso las enguantadas manos en las caderas e hinchó el pecho bajo su chaqueta de cuero negro.

–Escuche, Ivy –me dijo–. Yo sé todo acerca de usted. Es usted un hombre de vida turbia. Estuvo un buen tiempo en una cárcel inglesa. Ahora, la noche pasada, asesinan a un hombre en su casa. Él, y quizá el tipo que lo mató, probablemente dejaron huellas por todas partes... y las huellas constituyen una clave valiosa. Pero usted se dedica a rastrillar hojas por todo el césped y borra las huellas

valiosas –detúvose para tomar aliento–. Le ruego, pues, que me diga una cosa..., ¿cómo es que, de todos los días del año, usted, que hasta ahora no hizo nunca un trabajo honrado, decidió ponerse a rastrillar hojas, precisamente hoy?

–Simplemente porque me gusta tener las cosas limpias y aseadas –repuse.

II

No le gustó mucho mi respuesta, pero tuvo que aceptarla, y mientras estaba pensando qué iba a hacer después, apareció otro sedan negro, del que bajaron dos policías. El de adelante, que llevaba insignias de sargento, atravesó el césped, saludó a Kilgore y luego se volvió hacia mí.

—¿El señor Ivy? —me preguntó. Yo asentí—. Soy el sargento Sullivan, del Cuartel Springdale. Me vine para acá en cuanto pude con mi ayudante, las cámaras fotográficas y todo el material. Dentro de diez minutos viene una ambulancia. Me dijeron que está aquí el doctor Dann, y quisiéramos verle también.

Había oído hablar del sargento Sullivan. Era un profesional. Un policía que conocía su profesión y era capaz de trabajar sin saltársele los ojos de las órbitas, resollar ruidosamente ni poner caras raras. Me alegraba de no tener nada que ver con el asesinato, aparte de haber proporcionado el local. Sullivan tenía veintitantos años, según mi parecer, medía algo menos de 1,80 m. y pesaría alrededor de 80 kilos. Era más bajo que Kilgore, pero yo habría ganado a Sullivan en una carrera pedestre o en una lucha. Aunque se afeitara tres veces por día no era capaz de ocultar su barba azul negra. Sus ojos, igualmente azul negros, no reflejaban amabilidad, pero tampoco eran engañosos. Cualquiera podía apreciar que era un funcionario competente y resumía las situaciones sin hacer más barullo que un carpintero que describe la forma en que va a aserrar una tabla.

–¿Alguna novedad desde que llamó usted? –preguntó a Kilgore.

–El doctor Dann encontró un leño que cree es el arma del crimen –le contestó el agente–. Y yo he descubierto algunas huellas de pisadas que vienen desde el camino hasta la casa, perdiéndose en el lugar en que Ivy estuvo rastrillando hojas.

–Vamos a verificarlas –dijo Sullivan–. Ralph –dijo al otro policía del estado–, diga a Kilgore que le muestre esas pisadas de que habla y les ponga algo alrededor para que nadie pueda pisarlas. Cuando examinemos los zapatos del cadáver, veremos si necesitamos sacar moldes o no. También pueden preparar las cámaras fotográficas. ¿Y dónde está el cadáver? –preguntó.

–Allá, bajo la ventana de la cocina –le dije señalando el lugar.

–Bueno, si puede usted apartar al doctor del café que con seguridad está tomando y puede traerlo para acá, echaremos todos una mirada.

El doctor apuró la taza de café en cuanto le dije quién había llegado.

–¡Hola, John! –exclamó saludando al sargento–. Deben pensar que se trata de un caso bastante importante, para mandarle a usted acá.

–Hace tiempo que tenía ganas de caer por aquí –dijo Sullivan dirigiéndome una rápida mirada, que no me pasó inadvertida. Pero, ¿qué sabe usted de todo esto?

–Yo no he movido nada. Le tomé el pulso y lo examiné con el estetoscopio, pero por simple fórmula, por decir que lo había hecho. Está muerto desde la noche pasada, creo yo, y lo han matado con un trozo de leño que alguien le descargó sobre la cabeza. Aquí lo tiene.

El doctor Dann apartó los arbustos y Sullivan se hincó sobre una rodilla para ver mejor.

El sargento y su ayudante trabajaron rápida y eficazmente durante los diez minutos que siguieron, con las cá-